

**Hubeňak, Florencio**

*La restauración augustea en Virgilio y su obra*

**Ponencia presentada en:**

**VII Simposio Nacional de Estudios Clásicos, 1982  
Asociación Argentina de Estudios Clásicos**

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Hubeňak, Florencio. “La restauración augustea en Virgilio y su obra” [en línea]. Presentado en VII Simposio Nacional de Estudios Clásicos. Asociación Argentina de Estudios Clásicos, 1982 Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/restauracion-augustea-virgilio-obra.pdf> [Fecha de consulta: ....]

## LA RESTAURACIÓN AUGUSTEA EN VIRGILIO Y SU OBRA<sup>1</sup>

\*

Cuando en Roma los cónsules Pompeyo y Craso abolían los últimos vestigios de la llamada *constitución silana* reabriendo la puerta a la anarquía y las guerras civiles, en Andes, un *vicus* de la región mantuana nacía —en una familia de aceptable posición económica— el 15 de octubre del 70 a. C. Publio Virgilio Maro.

Durante su infancia y los primeros años de su juventud los enfrentamientos entre los caudillos políticos romanos prácticamente habían destruido los últimos restos de la *Respública romana* y los valores que caracterizaron al *soldado-agricultor* habían quedado arrumbados bajo el avance de las legiones mercenarias que sólo defendían los intereses de sus *imperatores*. A la crisis económica y política se añadía un profundo escepticismo moral y religioso que ponía en duda la existencia misma de los dioses familiares y de todas las bases sobre las que se había construido la Roma republicana.

En ese ambiente de luchas y pesimismo Virgilio abandonó su aldea natal y se trasladó a Milán (55 a. C.) y posteriormente a Roma (53 a. C.) para proseguir estudios de retórica junto a Epidio, probablemente pensando en seguir una prometedora carrera política que esperaba a todo joven ansioso de futuro. Finalmente, en el 49 a. C. Virgilio dejó Roma y se trasladó a Nápoles donde reemplazó la retórica por la filosofía en la escuela epicúrea que dirigía Sirón, mediante el cual entró en contacto con la obra de Lucecio, cuyo poema *De la naturaleza de las cosas* influyó — pese a sus divergencias— en toda su producción poética. En la primera época continuó el estilo alejandrino "organizado con miras a la perfección en la brevedad"<sup>2</sup> por Calímaco y Teócrito, aunque luego aceptará inclinarse por una poesía más intimista y fresca; a la vez comprometida con la moral y la filosofía<sup>3</sup>. Algunos especialistas sostienen que el cambio de estilo fue provocado por el propio Octaviano César<sup>4</sup>.

Los hechos políticos que ocurrían en la Península tuvieron influencia directa sobre Virgilio y en el 42 a. C., después de la batalla de Filipos, época en que presumiblemente el poeta escribía sus primeras *églogas* o *bucólicas*, los vencedores de los "asesinos de César" resolvieron repartir tierras entre sus legionarios. Los campos confiscados para ello incluían las tierras paternas de Virgilio, de regreso en Mantua desde el 43 a. C. Desconocemos los detalles sobre el reintegro de la propiedad a Virgilio, pero podemos suponer que éste utilizó sus influencias, fundamentalmente su amigo de infancia, el político y poeta Cornelio Galo y por medio de éste al procónsul en la Galia Cisalpina, Asinio Polión, cercano a la posición de Marco Antonio (Cf. *B VII 25* y *X 31-36*). Sabemos que en el 38 a. C. Octaviano devolvió las tierras a Virgilio o quizás se las reemplazó por otras. A partir de esta época, paulatinamente, el poeta abandonó su posición "antoniana" y el círculo de Polión y se volcó a favor del "nuevo señor de Roma".

Ya, entre el 42 y el 39 a. C. había escrito —en estilo pastoril siciliano, mezcla de positivismo latino e idealismo helénico— sus diez *églogas* celebrando el retorno de la paz.

### Las *Bucólicas*

<sup>1</sup>Artículo publicado en: el VII "Simposio Nacional de Estudios Clásicos". Buenos Aires, setiembre, 1982.

\* Respecto a las fuentes se prefirió la versión castellana. En el caso de las *Bucólicas* y las *Geórgicas* fue utilizado la traducción de Bartolomé Segura Ramos (Madrid, Alianza, 1981) y de la *Eneida*, la traducción de Rubén Bonifaz Nuño (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, México, U.N.A.M., 1972).

<sup>2</sup>A. M. Guillemin, *Virgilio, poeta, artista y pensador*, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 38.

<sup>3</sup> Esta posición se aprecia en la mayoría de sus contemporáneos y es notoria en Cornelio Galo y fundamentalmente en Ovidio: véase por ejemplo su *Arte de amar* con su *Metamorfosis*.

<sup>4</sup> Henry Bardon, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste a Hadrien*, Paris, Les Selles Lettres, 1968, p. 66 agrega al círculo augustiano a L. Vario Rufo autor de un *Panegírico* entre el 29 y el 20, Rabirio que relató una guerra contra Cleopatra —cf. Veleyo Patérculo 2, 36—, Plotio Tueca y Cornelio Severo autor de un *Bellum Siculum* — cf. Quintiliano, 10,1, 19. Respecto a la actividad de Octaviano como poeta y literato véase Suetonio, *Vidas, Augusto*, LXXXV y LXXXIX.

Integrante del círculo de poetas —conocidos como *arcadianos*— que rodeaban a Asinio Polión, Virgilio hizo sus primeros cantos en la poesía influenciado por el antiguo estilo alejandrino. A los veintiocho años de edad ya cantaba el indiscutible prestigio de Roma: "pero esta ciudad ha levantado la cabeza entre las otras como los cipreses suelen entre las mimbras flexibles" (B. I 19). También menciona a su benefactor, a quien agradece en versos como éste:

¡Ay Melibeo. Un dios nos procuró esta ociosidad;  
pues que un dios será siempre para mí aquél.  
Muchas veces empapará su altar un tierno cordero de mis apriscos.  
El me facilitó que mis vacas vagasen por ahí;  
como ves, y que yo tocase a mi antojo el caramillo rústico (B. I 6)<sup>5</sup>,

Pese a su esencia poética puede sostenerse que ya en las *Bucólicas* se aprecia en Virgilio un interés —común al círculo de Mícnas— que trasciende el mero campo artístico para ingresar en lo moral y político. En ellas lo pastoril (a-político) se completa con una concepción monárquico-aristocrática<sup>6</sup> inspirada en las obras políticas de Platón, especialmente por su amor a los agricultores, su búsqueda de la concordia en el estado y aún su profundo horror a la guerra. Virgilio es indudablemente, tributario de las ideas de su tiempo y ellas influirán cada vez más en su producción literaria, en la cual, su creación estrictamente poética se fue modificando por una interpretación mitológica y un profundo sentido moral pedagógico.

En la Roma republicana del siglo I a. C. se aprecia un notorio resurgimiento de las corrientes filosóficas que, de algún modo, pretendían suplir el escepticismo religioso anteriormente mencionado. Se notaba una corriente de tendencia platónica, generalmente matizada con el estoicismo —tan caro al alma romana— mientras contrariamente a su visión *misional*, el epicureísmo —también rejuvenecido— sostenía el rechazo de la vida pública. Así la *virtus* estoica se mezcla con el *otium* epicúreo y un *naturalismo peripatético* produciendo a través del resurgimiento del platonismo, un eclecticismo filosófico. A su vez la concepción platónica se acentuaba con las nuevas corrientes pitagóricas que había introducido —décadas antes— el filósofo Sextio y divulgado el astrólogo y luego senador Nigidio Fígulo. Los preceptos ascéticos y sus características místicas los convirtieron en un "poderoso movimiento de puritanismo, que acabó por conquistarles —al menos por un tiempo— el favor del príncipe"<sup>7</sup>. A este tiempo de ebullición intelectual y desorden político pertenece la *célebre Égloga IV*.

Dicha égloga fue escrita en el 40 a. C., después de la paz de Brindisi, firmada entre Octaviano y Marco Antonio por presión de sus oficiales, quizás liderados por Polión. En dicho canto Virgilio exalta la aparición de una nueva "edad de oro", antigua idea helénico-oriental y prefigura la aparición destinal del *hombre* en la misión de inaugurarla. Así escribe:

Ya ha llegado la última edad que anunció la profecía de Cumas.  
La gran hilera de los siglos empieza de nuevo.  
Ya vuelve también la virgen, del reino de Saturno vuelve.

---

<sup>5</sup> El historiador León Homo —*Augusto*, Destino, 1949— y A. Michel, *Virgile et la, politique impériale, un courtisan ou un philosophe?*, en Bardon, *op. cit.*, sostienen, en cambio, que esta primer *Bucólica* es un canto de agradecimiento a Octaviano por la devolución de sus campos. Según Michel —en la opción de la posesión de sus tierras— Virgilio no vaciló en abandonar las filas "*antonianas*" de Polión e inclinarse por Octaviano, quienes por otra parte se habían amigado por obra de Polión y otros jefes mediante el tratado de Brindisi (40 a. C.). Por esta época paralelamente se produjo la ruptura con los poetas *arcadianos*. Véase como H. Opperman, *Vergil und Oktavian*, Kermes, 1932, pp. 197 ss. solución a las dificultades temporales al sostener que la IX *Bucólica* fue anterior a la I y la modificación se produjo por la influencia de Octaviano, a cuyo círculo —vía Polión y Mecenas—, había ingresado Virgilio. Por otra parte, también inferimos que la posición de Polión se fue enfriando en la medida que Marco Antonio se iba "orientalizando". Sabemos que tras su muerte, su importante biblioteca pasó a manos de Octaviano; véase C. Barbagallo, *Lo stato e l'istruzione pubblica*, Roma (s/f.).

<sup>6</sup> Para la formación e influencias filosóficas en Virgilio seguimos fundamentalmente el trabajo mencionado de A. Michel.

<sup>7</sup> Albert Grenier, *El genio romano en la religión, el pensamiento y el arte*, México, UTEHA, 1961, p. 343.

Ya se nos envía una nueva raza del alto cielo.  
 Únicamente a ese niño que nace,  
 con quien terminará por fin la edad de hierro  
 y surgirá la edad de oro para todo el mundo,  
 tú, casta Lucina, ampáralo; ya reina tú Apolo.  
 Justamente en tu consulado, el tuyo, Pollión,  
 llegará tal gloria del tiempo  
 y empezarán a marchar los grandes meses.  
 Bajo tu guía, si alguna huella de nuestro pasado queda,  
 se borrará, librando a las tierras de su miedo eterno.  
 El tendrá la vida de los dioses y verá a los héroes  
 mezclados entre los dioses,  
 y él, a su vez, será visto por ellos.  
 Y gobernará el orbe, pacificado por las virtudes de su padre (B IV 4 ss.).

Sin entrar a analizar a qué personaje concreto se refiere el poeta cuando habla del "divino niño"<sup>8</sup> es interesante apreciar la influencia místico-religiosa de diversos oráculos (etruscos, sibilinos, órficos y también filosofías como la hesiódica y pitagórica), sobre Virgilio, quien no duda, ante la firma del tratado de Brindisi de prever el final del "siglo de hierro" y la apertura de una "nueva edad histórica" (la edad de oro), que algo más tarde será identificada con el período de Augusto. Bien señala un autor que "cada Gran Año comienza por la Edad de Saturno que es de oro, en la cual reina una felicidad ilimitada, y termina por la edad de hierro, de Apolo, en la cual se acumulan las faltas y las desgracias. Virgilio sabe que escribe en el siglo de Apolo, pero también que los cálculos astronómicos anuncian su cercano fin: la edad de oro aparece, pues, en el horizonte. Hasta la fecha está marcada exactamente por el retorno de Virgo, constelación que recibe el sol en agosto. Cuando el astro la deja, a comienzos de octubre, recupera su visibilidad. Según los cálculos de Carcopino (*op. cit.*) esa separación, en el año 40, ocurrió el 5 de octubre. Hacia esa época, fue escrita nuestra égloga<sup>9</sup>.

Hacia el 37 a. C. —según nos narra Horacio— Virgilio fue introducido por el propio Pollión en el entonces importante círculo<sup>10</sup> literario que alrededor suyo organizaba el indolente y etrusco epicúreo Cilnio Mecenas, para utilizar "la nueva poesía como fuerza motriz de la vida nacional"<sup>11</sup>.

Augusto trató de agrupar un conjunto de poetas y literatos dedicados a propagar sus ideas

<sup>8</sup> Sobre la égloga IV ha habido muchísima literatura interpretativa quizás agotada por el erudito trabajo de Jerome Carcopino, *Virgile et le mystère de la IV Eclogue*, Paris, 1930, aunque también merece destacarse la obra de H. Jeanmarie, *Le messianisme de Virgile*, Paris, 1930. Respecto al "niño divino" se ha conjeturado que fue Salonino —hijo de Pollión—, Julia —hija de Escribonia—, Alejandro Helios —hijo de M. Antonio con Cleopatra— y aun Marcelo —hijo de Octavia—.

<sup>9</sup> H. Guillemin, *op. cit.*, pp. 74-75. El inicio de la edad de oro será luego identificada por Augusto con el comienzo del nuevo siglo —según el antiguo calendario etrusco— y solemnemente celebrada en los Juegos Seculares del 17 a. C. Para su descripción véase Grenier, *op. cit.*, pp. 293-295. En ellos Horacio cantará su célebre Oda a la grandeza romano-augustea.

<sup>10</sup> De este círculo escribió Horacio destacando su "libertad de pensamiento": "ninguna casa se halla más exenta de malicia y es más enemiga de los defectos que tú mencionas; allí yo no me siento incómodo porque otro sea más rico o más sabio que yo; cada uno ocupa su lugar" (S. I, 49 ss.). Pertenecieron a este círculo, entre otros, Propercio, Horacio, Virgilio, Vario Rufo, Cornelio Galo hasta su deposición y posterior suicidio (sabemos que la primera edición de las *Geórgicas* concluía con un elogio a Egipto y a su prefecto C. Galo; pero tras el suicidio de éste —acusado por el Senado de corrupción administrativa— en el 26 a. C. Virgilio lo sustituyó Tito Livio que "aportó con su historia el apoyo de las principales ideas directrices del Principado con ejemplos del pasado" (H. Bardon, *op. cit.* p. 81), Ovidio —en su intento de rehabilitarse con los Pastos y las Metamorfosis (véase M. Rippert, *Ovide, poete de l'amour*, p. 142 ss.)—, Vitrubio el arquitecto que dedicó sus *Diez libros de arquitectura* al "divino emperador César" y también el historiador griego Dionisio de Halicarnaso dedicado a "rehabilitar los orígenes de Roma", en sus *Antigüedades romanas* (véase P. M. Martin, *La propagande augustéene dans les Antiquités romaines de Denys d'Halicarnasse* (libre I), en *R.E.L.* 49 (1971), p. 162-179) quien aclara como todos los grandes temas de la propaganda augustea están presentes en el libro I de las *Antigüedades*.

<sup>11</sup> J. W. Mackail, *Virgilio y su influencia en el mundo de hoy*, Buenos Aires, Nova, 1946, p. 70.

políticas, morales y culturales, identificadas con su propia persona y herencia y para hacerlo utilizó la indudable habilidad y capacidad de su amigo de infancia Mecenas, según había aprendido del círculo opositor de Messala<sup>12</sup>. "Augusto y Mecenas asignan a la poesía el papel de adornar las realidades políticas con los prestigios del sentimiento y de la belleza"<sup>13</sup>.

### Las *Geórgicas*

Definitivamente integrado al círculo de propagandistas del plan político-cultural de Augusto, Mecenas<sup>14</sup> encomendó a Virgilio usar su indudable capacidad poética para escribir un poema didáctico (moda alejandrina) destinado a estimular el interés por las tareas agrícolas —quizás necesario por los bloqueos de Sextio Pompeyo y Marco Antonio— considerado indispensable para alentar el regreso a los campos de la sacra Italia. "Lo que ellos deseaban del poema era un impulso ideal que luego de la crisis de las guerras civiles, luego de la ruina de la agricultura y especialmente de los pequeños agricultores, luego de la crisis de los valores religiosos, políticos, favoreciera el retorno a la tierra, devolviese la fe en el trabajo, en la sociedad italiana, en el Estado romano-italico [...] la recuperación de Italia devastada y atormentada, la restauración de los valores religiosos, morales, políticos, bajo la guía del hombre extraordinario destinado a ser asumido entre los; dioses"<sup>15</sup>.

Las *Geórgicas* fueron escritas entre el 37 y el 30 a. C. y su tema podría resumirse como el canto a "la gloria del campo divino".

Con notoria influencia de Hesíodo, Catón y Lucrecio, Virgilio retorna a la alabanza de las antiguas virtudes romanas previas a la crisis y defiende la vida sencilla basada en dichas labores, señalando pedagógicamente las diferencias que existen entre su concepción —romana— del trabajo en los campos y la concepción pesimista del trabajo como castigo de Hesíodo o Lucrecio. Aquí Virgilio abandona su concepción epicúrea y pitagórica y se le nota cada vez más cercano a la influencia estoica del propio Augusto y su núcleo intelectual<sup>16</sup>.

Ya en la primera *Geórgica* Virgilio comienza su canto mencionando a Octaviano al afirmar:

"Querrás, César, visitar las ciudades y cuidar de las tierras, y te recibirá el grandioso universo como dador de las mieses y señor de las estaciones, ciñiendo las sienes con el mirto de tu madre? ¿O vas a venir como el dios del inmenso mar, y los marineros adorarán sólo tu deidad, será esclava tuya la remota Tule y Tetis te comprará por yerno a cambio de todas sus olas? ¿O vas a añadirte cual nueva estrella a los meses lentos, por donde se abre un lugar entre Erígone y las Pinzas que la siguen (el propio Escorpión ardoroso contrae ya los brazos por ti, y ha dejado más parte del cielo que la correspondiente?)" (G. I 24 ss.).

Y nuevamente, más adelante, ensalza al emperador como mimado de los dioses, cuando exclama:

"Es claro que vendrá el día en que el agricultor, bregando en la tierra con el corvo arado, hallará en aquellos territorios las lanzas comidas por el carerillo destructor, o con los rastrillos pesados golpeará los yelmos vacíos, y se pasmará de ver grandes huesos en las tumbas excavadas. Dioses patrios, Indígetes y tú, Rómulo, y tú, madre Vesta, que guardas el Tíber etrusco y el Palatino romano, ¡no impedir que este joven al menos socorra a nuestra generación diezmada! Ya antes hemos lavado con suficiente sangre nuestra los perjurios de

---

<sup>12</sup> Véase G. Boissier, *La oposición bajo los Césares*, Buenos Aires, El Ateneo, 1944 y H. Barden, *op. cit.* p. 97 y 102 quien habla de "la poesía al servicio de la política" y "para dirigir la opinión".

<sup>13</sup> P. Grimal, *El siglo de Augusto*, Buenos Aires, EUDEBA, 1960, p. 77.

<sup>14</sup> El mismo poeta afirma "tal es, Mecenas, el rigor de tus órdenes", (G. III, 340).

<sup>15</sup> Antonio La Penna, *Virgilio. Los hombres de la historia*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1977, n° 81, p. 380.

<sup>16</sup> Octaviano había seguido estudios filosóficos con el estoico Ario Dídimo de Alejandría, quien había logrado conciliar en un centrado eclecticismo a peripatéticos y platónicos "impregnándolos" de estoicismo y luego había sido influenciado por su consejero el peripatético Atenodoro de Tarsos.

la Troya de Laomedonte. Tiempo ha que la mansión celeste nos quiere quitar, César, quejándose de que atiendes los triunfos de los hombres. Y es que entre éstos la justicia y la injusticia andan al revés: tantas guerras hay en el mundo, tantas son las facetas del crimen. Al arado no se le concede el honor debido; se convierten en eriales las tierras de labor, al quitarle los cultivadores, y las corvas hoces se funden para hacer espadas duras" (G. I 489 ss.).

La mayoría de los críticos coinciden en señalar que la parte más importante de la obra se encuentra en los últimos noventa versos del libro segundo, donde el poeta elogia la vida rústica, llamando a la tierra "soberanamente justa" (*iustissima tellus*)<sup>17</sup> y afirma que la "Justicia, al abandonar la tierra [cf. Hes. Op.] dejó su última huella entre los campesinos" (G. II 473). Y fundamentalmente canta loas a la grandeza de la tierra itálica, produciendo como bien dice un autor "la reconciliación entre Roma e Italia"<sup>18</sup>. Así canta:

Pero ni las selvas de los medos, tierra riquísima, ni el hermoso Ganges o el Hermo, enturbiado por el oro, pueden rivalizar en alabanzas con Italia; ni Bactros ni los indos ni la Pancaya toda, engrasada con sus arenas llenas de incienso. Esta tierra no la han arado toros que echan fuego por las narices para sembrar los dientes del dragón descomunal ni la ha erizado una cosecha de guerreros con sus cascos y sus lanzas espesas, sino que la han cubierto trigales granados y el Másico, el vino de Baco, olivares y ganados felices la pueblan... Dos veces quedan preñadas las ovejas, dos veces da su cosecha de fruta el árbol. Faltan en cambio las tigras rabiosas, la semilla cruel de los leones y el acónito que sorprende a los desgraciados que lo toman... Esta tierra, asimismo, ha mostrado en sus venas ríos de plata y minas de cobre, y ha fluido en chorros de oro. Esta tierra ha dado una raza aguerrida de hombres, los marsos, la juventud sabelia, el lígur avezado a la vida dura, y los volscos, armados de chuzos; ha dado los Decios, los Marios y los grandes Camilos, los Escipiones, endurecidos en la guerra, y a tí, César, el más grande, que ahora, vencedor, ya en riberas lejanas de Asia, apartas las colinas de Roma al indo cobarde. Yo te saludo, tierra de Saturno, gran madre de cereales, gran madre de hombres: en tu honor la he emprendido con cosas de antiguo fuste y arte, atreviéndome a abrir las fuentes sagradas, y canto por las ciudades de Roma el poema asereo (G. II 136 ss.).

Bien señala un autor que "su significado no se entiende totalmente salvo a la luz del contraste entre Italia y el Oriente que dominó la historia de aquellos años; las *Geórgicas* desean reafirmar el prestigio de Italia como centro y guía del imperio. Italia es la "Saturnia tellus", la tierra donde reinó la paz bajo el gobierno de Saturno; la restauración de la paz y de la prosperidad es el retorno al reino de Saturno; es sobre todo en Italia, que la época de la paz, de la felicidad, de la justicia, esperada por tantos pueblos, anunciada por tantas profecías, retornará; entonces, la afirmación de la primacía de Italia, se liga con el motivo universal de la palingenesia. El retorno del reino de Saturno es obra de César Octaviano, el salvador de Italia y del mundo"<sup>19</sup>. Precisamente será la *nobilitas* itálica el sustrato del régimen político-imperial que organizará Augusto.

Y en el libro tercero preanuncia el templo que construirá el futuro en honor de la paz y también los Juegos Seculares que serán señal del inicio de la "nueva Era saturniana",

Yo, el primero,  
si la vida me asiste, haré que bajen,  
del Aonio las Musas a mi patria;  
y he de traerte ¡oh Mantua!, yo el primero,  
las palmas de Idumea, y en tu campo

<sup>17</sup> Alfredo Di Pietro, *Iustissima tellus*, en *lustitia*, set-dic 1965, pp. 51-68.

<sup>18</sup> P. Grimal, *op. cit.*, p. 68.

<sup>19</sup> A. de La Penna, *op. cit.*, p. 380.

templo de mármol he de alzarle al borde  
de los lentos meandros en que el Mincio  
con verdes cañas su ribera viste.  
En el centro estará César,  
que presidirá el templo.

En el 9 a. C., después de ser proclamado solemnemente Príncipe de la Paz, Augusto, al regresar de las Galias, presidió la erección e inauguración del Altar de la Paz<sup>20</sup>, consagrado por el Senado a su nombre por las victorias obtenidas y fundamentalmente por la concreción de la *pax augusta*, ratificada por el cierre de las puertas del templo de Jano en el año 31 después de la paz de Actium. En la *Res Gestae* el propio emperador señala:

El templo de Jano Quirino, que de acuerdo con lo establecido por nuestros antepasados queda clausurado cuando en todo el imperio del pueblo romano la paz ha sido obtenida por las victorias terrestres y marítimas, fue cerrado durante mi principado por resolución del Senado en tres oportunidades, en tanto que antes de nacer yo sólo hay memoria de que haya sido clausurado dos veces desde la fundación de la urbe (n. 13).

En la cuarta *Geórgica* se sugieren y anticipan algunos elementos de la concepción del *Principado* por medio del reino de las abejas. Hemos seguido el trabajo de Robert Joudoux<sup>21</sup> quien señala expresamente que el reino de las abejas está organizado de tal modo que el individuo queda subordinado a la ciudad, criterio augusteo que el individualismo de los siglos anteriores había ido desterrando de la Roma republicana. Dicho autor habla de "la sociedad subordinada a la ejecución de un plan" y confirma el origen divino del instinto gregario y político recalcando que "entre las abejas hay una parte de mente divina" (v. 220). Además de exponer las características de este reino como un ideal, Virgilio escribe su defensa del monarca:

Mientras el rey está a salvo todas tienen una mente unánime. Cuando lo pierden, rompen su fidelidad, desbaratan los montones de miel y deshacen los zarzos de los panales. El es el salvaguarda de su actividad, por él sienten admiración y todas se colocan a su alrededor con un zumbido intenso y lo cortejan apiñadas. Muchas veces lo levantan a hombros, exponen por él sus cuerpos en la guerra y buscan una muerte hermosa a base de heridas. (G. IV 210 ss.).

Tampoco debe descartarse que por medio del regreso a la agricultura y a las tradiciones catonianas, Augusto pretendía desterrar de Roma el lujo corruptor ya anteriormente combatido por el Censor.

Con motivo de las *Geórgicas* Virgilio se convirtió en un poeta aclamado por las muchedumbres en Roma<sup>22</sup> y este hecho, agregado a su indiscutible capacidad literaria llevaron a Augusto —que las leyó en Atella en el 29 a. C.— a pensar en encomendarle una obra épica. Pareciera que ya en el libro tercero de las *Geórgicas*, Virgilio anuncia *la Eneida* cuando dice:

Mas luego quizá me decida a cantar las gestas del valeroso César, y llevar su nombre en pos de la fama por tantos años, cuantos corrieron entre Titón y César (G. III, proemio).

Octaviano, vencedor de Actium (31 a. C.), restituida la *Res-pública*, (27 a. C.) "recibió bajo

---

<sup>20</sup> Cabe señalar, como bien aclara A. Guillemín, que en el centro del mismo se encuentra representada *tellus*, la Madre-tierra.

<sup>21</sup> Robert Joudoux, *La philosophie politique des "Geórgiques" d'après le livre IV* (v. 149 a 169), B.A.G. B., 1971, p. 69-82.

<sup>22</sup> Cf. *Tac. D. XIII*.

su *imperium* con el nombre de *Princeps*, el mundo entero agotado por las discordias civiles"<sup>23</sup>. La base sociológica del Principado fue el propio Octaviano *divinizado*<sup>24</sup> como *patronus* de todas las clases de ciudadanos de Italia y las provincias ligados por la *fides*, amalgamada en la mística político-religiosa de la Roma eterna. "Fue así, que la potestad del pueblo y del Senado pasa entera a Augusto y que a partir de esta época fue establecida una monarquía pura"<sup>25</sup>. Consagrado *Augusto*, Octaviano se dedicó fundamentalmente a sentar las bases místicas para su proyecto político-cultural que significaba pacificar a Roma desangrada por las guerras civiles (*pax augusta*) y restituir el régimen republicano tradicional (*res publica restituta*) para proyectar dicha misión *urbi et orbi* en la Roma eterna, identificando el culto privado de los antepasados (*penates*) con el nuevo culto — estatizado— al emperador y a Roma por él representada<sup>26</sup>. Para que dicho proyecto pudiera trascender y consolidarse Augusto también necesitaba un poema épico nacional que a la vez que ensalzara la grandeza de los orígenes romanos —emparentándola con las grandes obras épicas de la Antigüedad homérica— lo identificara con la propia familia imperial. Este papel corresponde a Iulo, cuya *domus* adoraba a Venus como divinidad protectora según lo manifestara el propio Julio César<sup>27</sup>.

En este contexto, el ya popularizado Virgilio recibió esta misión apologética de escribir la obra que fue la *Eneida*<sup>28</sup>.

La expectativa que produjo la tarea emprendida por Virgilio nos es sugerida por su contemporáneo Propercio cuando escribe: "el cual [Virgilio] ahora resucita los hechos bélicos de Eneas el troyano y los muros derribados en las orillas de Lavinio; cededle el paso, escritores romanos, cededlo, oh Grayos; ignoro qué es lo que está por hacer, mejor que la *Iliada*"<sup>29</sup>. Y la repercusión que tuvo la obra nos llega por Ovidio cuando, algo más tarde, escribió: "y el prófugo Eneas, en los orígenes de la vieja Roma, sobre el cual no se ha escrito ninguna otra obra más ilustre en el Lacio"<sup>30</sup>.

Augusto, por temperamento profundamente religioso, llevó a cabo una restauración religiosa que él mismo enumera: "construí la curia y el edificio lindante con ella llamado *Chalcedium*, el templo de Apolo en el Palatino con los pórticos, el templo del divino Julio, el Lupercal, un pórtico [...] en el Capitolio los templos de Júpiter Féretro y Júpiter Tenante; el templo de Quirino, los templos de Minerva, de Juno Regina y de Júpiter de la Libertad en el Aventino; en lo alto de la vía sacra, el templo de los dioses lares, en Velia el templo de los dioses penates; el templo de Juventas; y en el Palatino, el templo de la Madre Magna" (*Res Gestae* n. 19), por la cual Tito Livio lo denominó "fundador y restaurador de todos los templos" (IV 20) y el propio Horacio afirmaba esta tarea al señalar —en el criterio del propio emperador— que reconocer a los dioses como amos era asegurar el Imperio (O. III 6).

La política religiosa de Augusto estuvo dedicada fundamentalmente a fijar los fundamentos religiosos de la República restaurada y ello lo intentó mediante la regeneración del culto familiar, la lucha contra los cultos no romanos y la creación de la religión imperial. Precisamente esta

---

<sup>23</sup> Tac. *An. I*, 1.

<sup>24</sup> "Es con Júpiter con quien César comparte su nombre. Nuestros padrea titulaban de augustas a las cosas santas y augustos eran los templos consados, según los ritos, por la mano del sacerdote" (Ov. *F. I*, 609).

<sup>25</sup> Dio Cassius I, III, 17.

<sup>26</sup> Respecto a los fundamentos religiosos del mundo antiguo indoeuropeo véase N. Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, Barcelona, Iberia, 1965, que pese al tiempo transcurrido conserva su vigencia.

<sup>27</sup> Mi tía Julia descende de reyes por su madre y de dioses inmortales por su padre, pues de Anco Marcio procede la casa real de Marcio, cuyo nombre lleva mi madre, y de Venus nacieron los Julios, tronco de nuestra familia. En nuestra raza se encuentra tanto la santidad de los reyes que tienen el poder entre los hombres, como la majestad de los dioses que son señores de los propios reyes" (César en la oración fúnebre a su tía Julia, en Suet. *Caes. VI*).

<sup>28</sup> Servio escribe (*En I ss.*) "luego, a propuesta de Augusto, escribió la *Eneida*"; cf. H. Bardón, *op. cit.*, p. 72. Contra la tesis mencionada hubo muchos opositores, aunque la teoría que nos parece más alejada entre todas pertenece a M. F. Sforza, *The problem of Virgil*, en *Class. Rev.* 1935, pp. 97 ss., quien llegó a afirmar que la *Eneida* fue un panfleto en contra del emperador. Sobre la magnitud de la obra, el mismo Virgilio afirmó: "creo estar demente al haberme embarcado en ello" (Macr. *Sat. I*, 24, 11).

<sup>29</sup> Prop. II, 34, 63, 6

<sup>30</sup> Ov. *Ars. III*, 337.

restauración estaba directamente ligada a la creación de una mística o ideal que endiosara a Roma y al propio *imperator*; religión imperial identificada con los cultos populares ya existentes. Así los *Lares compítales* —tradicionales de la *plebs*— mediante la reforma administrativa del 14 a. C. se convirtieron —de hecho— en *Lares augustales*, originando la divinización del propio *imperator* entre las clases populares, en vida a través de su *Genio*, y después de muerto por la *opothesis*. Bien señala un autor que "la restauración religiosa que él se propuso llevar a cabo fue esencialmente política"<sup>31</sup> siguiendo los lineamientos del Pontífice Mucio Scévola quien había precisado que la verdadera religión romana no era la poética ni la filosófica, sino la religión del hombre de estado"<sup>32</sup>. Así la nueva religión —o la religión restaurada— según la práctica de modificar bajo la impresión de restaurar (confróntese con el tema de la centralización del poder republicano en una monarquía de hecho) "sanciona con prácticas religiosas la obediencia al jefe de estado, y aparece, ante todo, como un medio de gobierno"<sup>33</sup>.

"Augusto crea la religión imperial. Con la perspicacia y el sentido práctico que constituían los dos rasgos más salientes de su personalidad, se había dado plenamente cuenta de que, para hacer una obra sólida en este terreno, se necesitaba algo que no eran esas vanas exhumaciones de una arqueología secular ni esa cruzada, tan duramente llevada, contra la creciente invasión de los cultos extranjeros. Fue en la organización de la religión imperial donde Augusto buscó y creyó encontrar el elemento de renovación necesario, esta alma religiosa sin la cual el Imperio no podía conocer sino una vida precaria y un destino sin futuro [...]. La religión imperial, bajo Augusto, se limita al culto del emperador vivo. Único en su principio, este culto encierra en la práctica dos modalidades claramente diferentes: un culto provincial consagrado simultáneamente a Roma y al emperador; en general, cada provincia, o a veces solamente un grupo de provincias, posee a este efecto un templo o un altar servido por un sacerdote y un culto municipal [...]. El culto provincial, de naturaleza exclusivamente religiosa al principio, no tardó por la misma fuerza de las cosas, en tomar un carácter político"<sup>34</sup>.

Después de la batalla de Actium, en Oriente, comenzaron a erigirse —según la costumbre oriental— templos e imágenes dedicados a Augusto, quien únicamente exigió ser asociado a la diosa Roma y que ningún romano fuera admitido en él<sup>35</sup>. Estos templos surgieron en Pérgamo, Efeso y Nicomedia y poco más tarde se agregó el Occidente con Tarragona y Lyon. Cuando el emperador creyó haber dominado Germania, hizo erigir un templo similar en la actual Colonia. En Roma, en cambio, Augusto limitó su divinización a la *plebs* y en la reforma del 7 a. C. dividió la ciudad en catorce distritos y cada uno de ellos en *vici* (barrios) en los que constituyó un altar destinado a los Lares, al que añadió el culto del genio del príncipe, jefe y padre común de todo el pueblo de la ciudad. Años antes ya Horacio imprecaba: "El te invoca como a un dios tutelar, te prodiga las oraciones; en tu honor hace correr el vino de sus páteras. A los Lares mezcla tu nombre como en Grecia se celebra la memoria de Castor y el gran Hércules"<sup>36</sup>. De aquí a la apoteosis sólo quedaba un paso que fue dado por Livia y Tiberio a la muerte de Augusto.

Y en "esta doble apoteosis de Roma y del emperador celebrada a la vez por la literatura y el arte, el siglo de Augusto va a encontrar su supremo ideal y su profunda significación"<sup>37</sup>.

## La *Eneida*

Virgilio dedicó los diez últimos años de su vida (29-19 a. C.) a preparar y escribir esta gran epopeya nacional que reemplazaría la épica latina que habían prefigurado Nevio y Ennio con sus *Annales*.

---

<sup>31</sup> A. Grenier, *op. cit.*, p. 336.

<sup>32</sup> Cf. *Aug. Civ. IV*, 27.

<sup>33</sup> L. Homo, *Augusto...*, p. 163.

<sup>34</sup> L. Homo, *Ibidem*, pp. 161-162.

<sup>35</sup> Diodoro, *LI-20*.

<sup>36</sup> *O. IV*, 5, 32.

<sup>37</sup> Homo, *op. cit.* p. 169

La idea primitiva de Virgilio parece haber consistido en celebrar las proezas de Augusto, vencedor de Actium y pacificador del mundo romano: la *pax deorum* (paz de los dioses), la *edad de oro* que se anunciaba ya en las *Geórgicas*. Pero luego —desconocemos si por decisión propia o consejos ajenos— prefirió cantar la grandeza romana.

También sabemos que el poeta dedicó muchos años, y aún días anteriores a su muerte, en "otros y más elevados estudios" tendientes a su obra. Consultó textos, costumbres, leyendas, filosofía e historiadores que le antecedieron en el tema de los orígenes troyanos de Roma como Catón y Varrón en sus *Orígenes* y *Antigüedades* respectivamente.

Muchas teorías se han escrito sobre cuál es la esencia de la obra. Entre ellas nos interesa destacar aquella que contiene que el verdadero héroe de la *Eneida* no es Eneas, sino los *Penates*, ya que el pío Eneas no es más que un *juguete* del *Fatum* (destino) : "soy el piadoso Eneas y traigo conmigo en la flota mis penates" (*En.* I 20).

"El nombre de Troya desaparecerá, el idioma y las costumbres de los compañeros de Eneas se convertirán en los de Italia; la sangre de los hombres se mezclará; pero los Penates pasarán del campamento troyano a la ciudad de Latinus, de ésta a Alba, y de Alba a Roma, asegurando la continuidad del pueblo. El elemento esencial de la patria romana son sus dioses. La piedad de Eneas consiste en la sumisión absoluta de su espíritu a las órdenes de todos los dioses; se destaca sobre todo por su atención constante a todos los signos mediante los que los dioses se complacen en manifestar su voluntad. Los prodigios acompañan sus pasos, y él no se sorprende; por el contrario, los solicita como cosa natural. Sus excursiones a Délos, Creta, Epiro, Sicilia y Cumas no son más que viajes a los oráculos"<sup>38</sup>.

Bien señala un autor que "en la *Eneida* pareciera que Troya sólo hubiese muerto para permitir que Roma naciera y que los Aquiles y los Héctor fuesen como las víctimas propiciatorias de un acontecimiento tan considerable [...]. La ciudad, cuya imagen ya lleva Júpiter bajo sus párpados y que las naciones contemplarán un día, por encima de ellas, coronada de torres como Cibeles, la madre de los dioses, esta ciudad, es en verdad la Ciudad Eterna"<sup>39</sup>.

Pero fundamentalmente Eneas prefigura al propio Augusto<sup>40</sup>. Quizás el ejemplo más claro de ello se encuentra en la siguiente expresión de Eneas: "Hijo mío, aprende de mí la virtud y el trabajo, otros te enseñarán a ser dichoso"<sup>41</sup>. Evidentemente el protagonista en la obra debía servir a la elevación y justificación de la familia imperial y debía perderse en los orígenes legendarios de Roma, sin ofender el orgullo de la estirpe de los romanos<sup>42</sup>.

Ya en el libro primero —en la primera de las profecías que abundan en el texto— Virgilio revela los "arcanos del porvenir":

Este [Eneas] (te hablaré, pues, ya que este cuidado te inquieta,  
y, llamando lejos, de los hados moveré los arcanos)  
llevará guerra ingente en Italia, y a pueblos feroces  
derrotará, y pondrá a los hombres costumbres y muros,  
hasta que el tercer estío lo haya visto reinante en el Lacio  
y hayan para rútilos rumisos tres inviernos pasado.  
Mas el niño Ascanio, a quien el sobrenombre de Julo

<sup>38</sup> A. Grenier, *op. cit.*, pp. 286-287.

<sup>39</sup> A. Beliesort, *Virgilio. Su obra y su tiempo*, Madrid, Tecnos, 1965, p. 180.

<sup>40</sup> Bien lo señalan Mackail, *op. cit.*, p. 121 cuando lo define como un "Augusto idealizado" y fundamentalmente A. Grenier, al escribir que "el retrato del piadoso antecesor carece de carácter" (p. 281).

<sup>41</sup> Véase también, por ejemplo I, 147-154.

<sup>42</sup> José Oroz, *Virgilio, poeta del "imperium"*, en *Helmántica* IV (1953), p. 857. H. Bardon, *op. cit.*, pp. 72-73 es mucho más preciso sobre el tema del poema augusteo ya que analiza las múltiples alusiones al Principado: los *ludi Apolinari* (VI), los *ludi Troiae* (III, 280 y V, 580) los *ludi seculares* (VI, 792), la casa del Palatino (VI, 170), el urbanismo (VIII, 360 y 714), el proyecto de restaurar Karthago (I, 422-436), la muerte de Marcelo ( XI, 07) e inclusive aprueba la política exterior del *imperator* en las costas de Dalmacia (III, 500). Por otra parte, en *La Eneida*, Augusto es el "Príncipe de la Paz" (I, 294), conquistador que asegura las fronteras (VI 792 ss.) y defensor del Occidente y sus *penates*, protegido de Apolo, en lucha contra Oriente (VIII, 678 ss.).

se añade (Ilo era mientras la cosa Ilíaca en reino mantúvose)  
treinta magnos orbes, al volver de los meses,  
llenará con su imperio, y el reino de su asiento lavinio  
transferirá, y guarnecerá con mucha fuerza a Alba Longa.  
Ya aquí se reinará por trescientos años enteros  
bajo gente hectórea, hasta que, sacerdotisa, la reina  
Ilia, grávida de Marte, dará prole gemela en un parto.  
De allí, alegre con la roja piel de la loba nodriza,  
Rómulo a la gente reunirá, y fundará las mavorcias  
murallas, y romanos les dirá con su nombre.  
A éstos yo ni límites de las cosas ni tiempos les pongo:  
el imperio sin fin les he dado. Que hasta la áspera Juno  
que por miedo hoy el mar y las tierras y el cielo fatiga,  
llevará a los mejor sus consejos, y de apoyar ha, conmigo  
a los romanos, dueños de las cosas y gente togada.  
Así ha placido. Vendrá una edad, al resbalar de los lustros,  
donde la casa de Asacare a Ptía y la clara Micenas  
oprimirá con servidumbre, y dominará Argos vencida.  
Nacerá César, del hermoso origen troyano,  
que acabará en el océano su imperio, en los astros su fama:  
Julio, nombre derivado del magno de Julio.  
A éste tú un día en el cielo, cargado de despojos de oriente.  
tomarás tranquila; también será éste llamado con votos.  
Allí, ásperos siglos se ablandarán, depuestas las guerras;  
la cana Fe y Vesta, Quirino con Remo su hermano,  
darán leyes; se cerrarán, cruel, con hierro y estrechas  
trabas, las puertas de la guerra; dentro, el Furor despiadado  
sobre armas fieras sentándose, y con cien nudos broncíneos  
atado a su espalda, bramará hórrido con boca sangrienta. (I 260' ss.).

Y en el libro tercero será la pitonisa cretense la que recordará su misión a Eneas:

Tú, para magnos, murallas  
magnas prepara, y no dejes la larga labor de tu fuga.  
Debes cambiar las sedes; no te ha aconsejado estas costas  
el Delio Apolo, ni manda que te establezcas en Creta.  
Hay un sitio, Hesperia los griegos por sobrenombre le dicen;  
tierra antigua, potente en armas y riquezas de gleba:  
hombres enotrios le habitaron; sus descendientes, es fama,  
por el nombre de su jefe, han llamado hoy Italia a esa gente (III 160 ss.).

Y en el libro cuarto —después de narrar las aventuras de Eneas con la reina Dido—  
prefigura los amores de Marco Antonio con Cleopatra, aunque en este caso el pío Eneas venció la  
tentación y triunfó el deber, Virgilio anticipa las Guerras Púnicas mediante la maldición de Dido:

Allí, oh tirios, vosotros, su stirpe y toda raza futura  
perseguirá con odios, y a nuestra ceniza envidad estos  
regalos: no haya ningún amor entre estos pueblos, ni alianzas.  
Que desde nuestros huesos algún vengador se levante,  
que con antorcha y hierro persiga a los dardanos colonos,  
ahora, más tarde, en cualquier tiempo que se le donen las fuerzas.  
Costas a sus costas; a sus olas, las ondas,

impreco, armas a sus armas; los mismos y sus nietos combatan (IV 620 ss.).

Pero será probablemente el libro sexto el que ensalce al emperador y mejor anticipe el futuro destinado a la Roma eterna. Allí señalaba Virgilio:

Ve, hijo: bajo sus auspicios, aquella ínclita Roma  
igualará su imperio a las tierras; al Olimpo sus ánimos,  
y, a una, siete torres circundará para sí con un muro,  
feliz en prole de hombres...  
...Este es el hombre, éste es, que oyes que te es prometido a  
menudo,  
Augusto César, raza de un dios, que fundará los dorados  
siglos de nuevo en el Lacio, en los campos un día gobernados  
por Saturno; sobre los garamantes e indos  
dilatará su imperio, yace tras los astros su tierra,  
tras las vías del año y del sol, donde el celífero Atlas  
tuerce en su hombro el eje adaptado a las ardientes estrellas.  
A la llegada de éste, ya ahora también los reinos del Caspio  
y la tierra meótica tiemblan por las respuestas de los dioses  
y, temerosas, las bocas del Séptuple Nilo se turban (VI 780 ss.).

Después de un breve desfile de historia romana ante los ojos de Eneas, Virgilio se dedica a citar a los grandes héroes mencionando a la vez las grandes familias tradicionales como los Memmios (de Mnesteo), los Sergios (de Sergesto), los Cluencios (de Cloandro) y los Nautios (de Nautes). Así dice:

Pero a lo lejos a Decios y Drusos y, cruel con el hacha,  
a Torcuato contempla, y, las insignias trayendo, a Camilo.  
Pero aquellas que miras refulgir con armas iguales,  
almas concordantes hoy y mientras son por la noche oprimidas,  
¡ay! cuánta guerra entre sí, cuando de la vida las luces  
alcanzaren, cuántas batallas moverán, y matanzas! (VI 825 ss.)

Aquel a los altos Capitolios, derrotada Corinto,  
guiará, vencedor, su carro, insigne por los muertos aquivos.  
Destruirá aquel a Argos y a la Agamenonia Micenas  
y al mismo Eácida, del armipotente Aquiles linaje,  
vengando a ancianos de Troya y templos de Minerva violados.  
¿Quién a ti en silencio, magno Catón o a ti, Coso, dejara?  
¿Quién al linaje de Graco? ¿O a los dos —dos rayos de guerra—  
Escipiones, desgracia de Libia, y al potente con poco,  
Fabricio? ¿O a ti, Serrano, que siembras el surco?  
¿A donde, Fabio, me arrastras cansado? Tú aquel Máximo eres,  
el solo que, retardándote nos restauras las cosas (VI 835 ss.).

Conmovedor es el relato referido a Marcelo, el frustrado heredero de Augusto:

¡Mira cómo Marcelo, insigne por los despojos opimos,  
avanza vencedor, y a todos los varones excede!  
Este la cosa romana, alterada por magno tumulto,  
jinete, afianzará; postrará a los penos y al galo  
rebelde, y tres armas tomadas colgará al padre Quirino.

Y aquí Eneas (pues ir juntamente veía  
a un joven egregio por la forma y las armas fulgentes;  
mas poco alegre la frente e, inclinado el rostro, los ojos),  
"¿Quién padre, aquel que así al varón que se marcha acompaña?  
¿Su hijo acaso, o alguno de su magna estirpe de nietos?  
¡Qué ruido de compañeros cerca! ¡Qué dechado en él mismo!  
Mas noche negra con triste sombra circunvala su frente".  
Allí el padre Anquises comenzó, derramadas sus lágrimas:  
"No indagues el ingente luto de los tuyos, oh hijo;  
los hados a las tierras mostrarán a éste sólo, y que sea  
mas no querrán. Demasiado fuerte la raza romana  
os parecería, dioses, si estos dones fueran durables.  
¡Cuántos gemidos de varones a la magna urbe de Marte  
moverá aquel Campo! ¡O qué funerales, oh Tíber,  
verás, cuando del reciente túmulo corras delante!  
Y ningún niño de la ilíaca gente alzará a los latinos  
abuelos a tanto en esperanza, ni nunca de hijo  
alguno, se jactará tanto la tierra romúlea.  
¡Ay, piedad! ¡Ay, antigua fe, y diestra, en la guerra,  
invicta! No impunemente alguno se le hizo a él, armado,  
encontradizo; ya contra el enemigo a pie fuera,  
ya hendiera con puntas los flancos de su espumante caballo.  
¡Ay, miserable niño! ¡ Si los ásperos hados rompieras!  
Tú serás Marcelo. Con las manos llenas dad lirios;  
esparza yo purpúreas flores, y al ánima colme  
del nieto con estos dones al menos, y cumpla este inútil  
deber (VI 855 ss.)<sup>43</sup>.

Pero las estrofas más célebres de la obra son —desde el punto de vista histórico— las que se refieren a la profecía imperial del *fatum* romano. Allí exclamaba Virgilio:

Otros esculpirán más delicadamente bronces que respiran,  
—ciertamente lo creo— y sacarán del mármol vivas figuras,  
argüirán mejor las causas y describirán con un compás  
los rumbos del cielo y mostrarán las estrellas que aparecen;  
tu, Romano, recuerda que debes regir los pueblos con tu imperio,  
éstas serán para ti las artes: imponer la costumbre de la paz,  
acoger a los sometidos, abatir a los soberbios. (VI 847 ss.).

Aunque la obra tiene cuatro libros más<sup>44</sup> el último trozo que nos interesa para la política augustea se refiere a la llamada descripción del escudo de Eneas, fraguado por Vulcano. En la parte más significativa del mismo Virgilio, después de haber descripto los preliminares de la batalla de Actium —epicentro del objetivo de la obra— escribe:

Mas César, con un tríplice triunfo en las romanas murallas  
entrado, a los dioses ítalos voto inmortal consagraba:  
tres veces cien máximos templos por toda la urbe.

<sup>43</sup> Sabemos que los libros II-IV y VI fueron leídos a Augusto y su familia en el 23 a. C. y que el trozo referido a Marcelo provocó el desmayo de su madre Octavia.

<sup>44</sup> Virgilio en su lecho de muerte pidió que la obra inconclusa fuera *quemada*, "pero Augusto, para que no pereciera una obra tan grande, ordenó a Tuca y Varo que la enmendaran de acuerdo a este principio, que suprimieran lo superfluo, pero que nada agregaran; de ahí el que encontremos versículos incompletos" (Serv. *En.*).

De alegría y juegos y aplauso resonaban las vías;  
en todos los templos, coro de madres, aras en todos;  
entre las aras, cubrían la tierra inmolados novillos.  
El mismo, sedente en el niveo umbral de Febo luciente,  
los dones de los pueblos reconoce y adapta a soberbios  
postes; avanzan en largo orden las vencidas naciones,  
cuanto varias en lenguas, tanto en forma de ropas y armas (VIII 715 ss.).

El destino —el *Fatum* (lo preestablecido)— "la palabra teológica de la *Eneida*"<sup>45</sup>—así como guió la acción de Eneas, también guía la historia de Roma, que halla su plenitud en el régimen augusteo, principio de la Edad de Oro y final de la lenta germinación de la semilla del *fatum* de Eneas. Así "todo el pasado y el presente del Imperio hallan en el destino su fundamentación y justificación [...]. Virgilio no ve al régimen augusteo como un momento de un proceso abierto e infinito, sino como la culminación de un proceso cerrado, como la plenitud de los tiempos, que la historia de Roma ha preparado; por lo tanto, la concepción de Virgilio está mucho más cerca de las concepciones escatológicas y mesiánicas de la época"<sup>46</sup>. "Los romanos dejaron de ser conquistadores ávidos, dueños del universo por la única fuerza de las armas, para ser los instrumentos de un Destino o, si se prefiere, de una Providencia que desarrollaba sus designios sobre más de diez siglos"<sup>47</sup>.

De este modo el romano encontró la justificación a su expansionismo generado por la alteración de sus modos de vida después de las Guerras Púnicas, y además de retornar —al menos teóricamente— a los principios del *soldado-agricultor* sublimó sus criterios imperialistas a través de una teoría destinal y una misión a cumplir. "La Eneida, fue durante generaciones [. . .] el compendio de una fe en el destino de Roma [...] y la prolongó en los espíritus y en los corazones cuando ya no era más que un recuerdo"<sup>48</sup>.

Así vivimos como Augusto para magnificar su régimen establecido y su propia imagen convirtió a Virgilio en "un propagandista hábil, sincero, reconocido y sumiso"<sup>49</sup> de la *pax augustea* y la grandeza de la Roma eterna, principios que aún varios siglos después harán escribir a Elio Arístides: "Sólo a aquellos, si es que hay alguno, que se encuentran fuera de tu Imperio, merecen que se les compadezca por no gozar de los privilegios que les son negados. Has demostrado, mejor que ningún otro, el dicho universal de que la Tierra es la madre y la patria de todos. Tanto el griego como el bárbaro, con su hacienda o sin ella, puede ir con toda tranquilidad donde quieran, lo mismo que si fuera de una región a la otra. Nada hay que temer de las Puertas de Cilicia, ni de los angostos y desiertos accesos de Arabia a Egipto, ni de las montañas inaccesibles, ni de las tribus hostiles al extranjero. Para gozar de seguridad es suficiente ser romano, o mejor dicho, ser uno de tus súbditos. Con tus actos has convertido en realidad las palabras de Homero, que afirmaba que la Tierra pertenece a todos"<sup>50</sup>.

Estos beneficios que preveían en el futuro de esa Roma eterna tan cercana tras la "pax augustea" sólo los llevaban a desear verdaderamente su eternidad. Plinio el viejo escribía ansioso: "Esperamos sea eterno el beneficio de los dioses que parecen haber dado a los romanos al mundo como una segunda luz para iluminarlos"<sup>51</sup>.

---

<sup>45</sup>Theodor Haecker, *Virgilio, padre de Occidente*, Buenos Aires, Gherzi, 1979, p. 107.

<sup>46</sup>A. de La Penna, *op. cit.*, pp. 385 y 384.

<sup>47</sup>P. Grimal, *op. cit.* p. 67.

<sup>48</sup>P. Grimal, *op. cit.* pp. 90-91.

<sup>49</sup>H. Bardon, *op. cit.* p. 75.

<sup>50</sup>En H. Barrow, *Los romanos*, México, FCE. 1970.

<sup>51</sup>Plin. *H. N.* XXVII, 3.